

El último silencio

Alexánder Ricaurte Cortés (*Thomas Bathory*)

Luz el último silencio, el fracaso de las palabras, el terror de la convicción. Nada en mí ha sido en vano, sin embargo, todo ha sido vacío. La risa no llena el vacío, ¿una lágrima lo modifica?

Al borde de la locura, en esa locura que es la soledad impuesta del universo, en esa soledad obligada de la razón sangrante y llorona.

Algo ocurre en la noche de la escritura. Noche suicida, cielo que hiela, ¿podría matarme?, ¿no soy digno de desatar las sandalias de mi propia muerte?

¿No pensar?, es la intensidad de los lamentos. Es esta soledad que no dice nada, porque todo está dicho. No hago más que redundarla, ahogarla en los verbos, ponerle mi nombre, cualquier nombre.

*

Desnudo un recuerdo, una mirada. He visto a dios llorar. Nada es perfecto, nada es cielo, nada es necesario. El escenario soy yo, otros como yo son una noche de invierno, ¿qué miraremos tras las ventanas?

Detenerme en la oscuridad, en ese primer movimiento de la luz; esta copa merece estar llena de nuevo. Acucillando el pensamiento pregunto.

*

Despojándome de mí, sueño las viejas flores amarillas abandonadas. La violencia sideral de los corazones sedientos.

Ángel libertino

Sombra sexual
Infinito
Barro y galaxia
Puntos rojos en suspensas voces
Temblor de un séptimo cielo

*

Fastuosos de lo divino, han muerto los viejos tiempos en que al conocimiento solo se le tocaba como a una dulce virgen. Se trata de nuevos cantos, de nuevas visiones, de nuevos abismos; nuevas estaciones se asoman. Sean desatados estos lobos.

¿Por qué elegir a los kantianos cuando les hace falta el mismísimo corazón?, ¿para qué insistir en lo cartesiano?, ¿habrá que quitarle la silla a la razón?, ¿podrá quedar de pie? Quien no ha puesto en aprietos a la razón, ese es cobarde, muy cobarde.

*

En esta acrimonia de la vida, en este antes de la sabiduría, en este antes del vacío. Salomón no debió pedir sabiduría sino risa, el no pensamiento, la irascible desnudez.

*

No he vencido. He venido a poner las palabras en otros aires, en otros universos. La risa permanecerá leal.

Atravieso un bosque donde los profetas se han enamorado del fuego, me han dado de beber. Así peleo contra mí mismo, es el signo de la noche y de la fatalidad.

No busco la comprensión, busco otras lunas, no blancas, no mágicas. Más allá de la expansión, una vital energía me consume, todo puede suceder. No me incumbe cederle todo a la locura, ahí está mi corazón.





Mirar al sol en indefinido, ilimitado, suspendido mirando hacia abajo. ¡Abrácenme vientos andariegos que tengo mucho qué confiarles!

Emerge un horizonte. Los murciélagos vuelan bellos. Es una premonición.

Bienvenido sea este claroscuro.

*

Los rayos. Severo me canto en los relámpagos; caer y retumbar.

Suelo antiguo que soy.

No, no me justifico, estoy dispuesto a aceptar esta clarividencia, esta voz, este réquiem, el vasto estruendo.

Hijo de la nada, nieto de la absurdidad. ¡Ay, haber nacido de las galaxias más lejanas y fangosas!

Con cuánta ansiedad escribo en las tablas de mi corazón, y en las rodillas y en los tobillos. Con cuánta generosidad los planetas me atribulan. Con cuánta idiosincrasia de las estrellas me conformo y me confirmo. La aventura cósmica de lo terrenal.

*

Libre. Oníricamente libre. Trasmutadamente libre. Adiós ataduras, adiós vieja cárcel de la tercera persona.

Hadarse como los asteroides, porque todo ha de ser así. En el barro y en la nube está escrito, también en las rocas de agua.

Desato estos mares y estos cielos, estos secretos flotantes de la locura. He aquí que he de rugirlo. Ruge, alma, ruge, también a años luz te oirán. Y vendrán días en que estos mares y estos cielos anidarán las visiones más certeras, más dramáticas, más centelleantes.

*

No pido el fin de este dolor. He pedido el último silencio. Una corona de espinas de luz baña mis ojos, y el universo baja por mis caderas. Estoy ahogado, impensado. Muerto de un olvido.

Nada conversacional es tan impuro que se hace puro. Onomatopeyas, gemidos, orfandad del alma.

Palabras que no huyen con el tiempo, que entran y se sacuden en mí irrevocablemente.

No estoy solo. La absoluta soledad ilumina, divina luz que mata. Es sagrada porque hago falta yo. Soy el hijo bastardo de una noche viuda.

No amo. Deseo el deseo. El vacío aún está ahí. Esta nadería es más fuerte que el amor, que la sabiduría, pero menos fuerte que el sol.

¿Hay algo similar a esta sensación? No puedo jurar que sea una sensación. En esa soledad que pende de los labios de una ramera, y con el aliento a licor, yo me absuelvo, yo me vacío.

Una sola palabra han escrito los profetas, los eruditos, los poetas: Soledad.

*

La muerte. ¿De qué pozo ha salido esta cruel reina? ¿Hacia dónde huiremos si ella es tiempo y lugar?

*

Pronto el sol se revelará, y nos inventaremos una nueva espada. El ser es la hermandad de la biblioteca de babel.

*

Blancos pensamientos descienden. Me cuelga el aire. ¡Oh, claridad!, aquí estoy.





*

Tres de la madrugada
Tengo fiebre
Tengo que bailar en un ataúd

*

La realidad da saltos en nuestras cabezas y todo es creíble.

Yo creo en todo lo bueno, en todo lo maligno. Yo creo en lo que ocultamos, en lo intocable.

Mis ojos atestiguan, no por lo que ven sino por lo que sienten.

La risa y la noche me consumen. Es mejor profesar que decir.

La realidad es hueso y piel. Maligna.

*

El ángel está discurriendo mis sitios, vigilante como la mirada de una bestia. Me prueba, me llena de presencias, es una respuesta de la oscuridad y del vacío.

La vida es un sollozo exquisito. La vida se colma de muerte.

La muerte es la imposibilidad de una luz. Ángel que no deja huella.

*

Interrogamos en lo nocturno, pero lo nocturno es el asombro. Lo que fue vida y muerte se nos antoja como olvido, pero el olvido es la manifestación más dolorosa, porque en realidad no es olvido, sino pedazos de nuestro ser que se niegan al infierno de la inexistencia.